

Juan Uribe Echevarría

Cela y su Madrid en tercer grado



AMILO José Cela, nieto del 98, es entre sus compañeros de generación, el que con más constancia y éxito cultiva el género novelesco.

Nacido en Iria Flavia, La Coruña (Galicia) en 1916, padre español y madre inglesa, Cela publicó, a los 26 años, la novela más cruda y fuerte de la postrevolución española: «La Familia de Pascual Duarte» (1).

En «Pabellón de reposo» (2), su segunda novela, nos describe sus propias experiencias en un sanatorio de tuberculosos. La crítica señaló, en esta obra, las influencias combinadas de Thomas Mann («La Montaña Mágica») y de Herman Hoster («Curación en los Alpes»).

«Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de

(1) Editorial Aldecoa. Madrid, 1942.

(2) Colección Cuatro Vientos. Afrodisio Aguado. Madrid, 1944.

Tormes» (3), alarde de picaresca renovada a la manera moderna, lo sitúa entre los mejores prosistas españoles de la nueva hornada.

«Esas nubes que pasan» (4) y «El bonito crimen del carabinero» (5), colecciones de cuentos, nos muestra a uno de los más finos cultivadores del relato breve en la España actual.

Cela y Juan Antonio de Zunzunegui, el novelista y cuentista vasco, han sido los renovadores del difícil arte del cuento. Ambos—el gallego y el vasco—son humoristas notables.

La visión azoriniana de los pequeños pueblos españoles se hace con Cela más dinámica y amarga en su «Viaje a la Alcarria» (6). La labor nutrida de este joven narrador español ha culminado con «La Colmena» (7), que es, sin duda, junto a «Nada», de Carmen Laforet, las novelas españolas contemporáneas que más éxito han conseguido fuera de las fronteras peninsulares.

«La Colmena» es una obra con procedimiento. Una novela construida para captar el bulle-bulle de una ciudad, como esos papeles untados que cazan moscas.

El alarde técnico del autor recuerda la ambiciosa fórmula que aplicó John Dos Passos a la trepidante vida de Nueva York, en su «Manhatan Transfer».

Cela se propone recoger un buen número de habitantes representativos y sintomáticos del Madrid actual y monta sus redes en un café, el de doña Rosa.

(3) Ediciones «La Nave». Madrid, 1944.

(4) Colección Cuatro Vientos. Afrodísio Aguado. Madrid, 1945.

(5) Ediciones Lauro. Barcelona.

(6) Revista de Occidente. Madrid, 1948.

(7) Emecé Editores. Buenos Aires, 1951.

En Madrid, es sabido, una infinidad de cosas pasan en el café o, por lo menos, allí se organizan o planean. Si Dos Passos inscribe a sus personajes en las celdas de los rascacielos, Cela lo hace en los cafés y tascas de mala muerte. El novelista ha estudiado muy bien la plaza de sus operaciones.

«En el Café de doña Rosa, como en todos, el público de la hora del café no es el mismo que el público de la hora de merendar. Todos son habituales, bien es cierto, todos se sientan en los mismos divanes, todos beben en los mismos vasos, todos toman el mismo bicarbonato, pagan en iguales pesetas, aguantan idénticas impertinencias a la dueña, pero, sin embargo, quizás alguien sepa por qué, la gente de las tres de la tarde no tiene nada que ver con la que llega dadas ya las siete y media...» (págs. 103-104).

El Café de doña Rosa que toma, de entrada, todo el primer capítulo—55 páginas—de la novela, interviene a cada momento como un personaje más, mejor dicho, como un buque madre de personajes. Si surge.

Cuando Cela cree que se ha demorado mucho en el Café de doña Rosa pasa a un café de la calle de San Bernardo, donde se juega al ajedrez, o lleva a Martín Marco—débil héroe de la novela—al bar de Celestino Ortiz, que se llama «Aurora. Vinos y comidas». Ortiz, personaje del 98, lee y memoriza a Federico Nietzsche.

Cafés de Madrid. Don Benito Pérez Galdós inicia su carrera literaria novelando la parroquia de un café: «La Fontana de Oro».

«La Fontana de Oro» es, también, club político. a mitad de página, el Café de doña Rosa, los parroquianos se mueven como ratones sorprendidos por la luz. No lo es el café de doña Rosa, sino más bien refugio de gente estropeada por la vida.

«Años de muchos lances (1820-1830) fueron aquellos para la destartada, sucia, incómoda, desapacible y obscura villa», dice Galdós.

Años de muchos lances han sido también estos que Cela nos va pintando, con pinceles finos e hirientes, a través de un puñado de vidas pequeñas y sucias, como monedas de bajo metal.

A Galdós se asemeja también el joven novelista, en su afán de incorporar a la prosa los giros verbales y mentales del pueblo de Madrid. En «La Colmena», nos encontramos con ese submundo madrileño que Galdós alojó, amorosamente, en algunas de sus novelas como «Fortunata y Jacinta» y «Misericordia».

El Madrid de Galdós, su mayor novelista, es tierno, amable; un mundo observado con purísima piedad. Galdós es perdonador y caritativo aun cuando trata al peor de sus personajes. Es su cualidad cervantina. En Cela no hay piedad, aunque tal vez haya poesía. Si la visión de Galdós es comprensiva, la de Cela es ácida y despiadada. En esto su maestro es don Pío Baroja. De Baroja toma el tono fundamental de su estilo novelesco. Su rápida adivinación de los personajes; su facilidad para captar tipos; el dinamismo y la velocidad narrativos; su encomiable falta de retórica al uso. Es, incluso, un Baroja más construido, pero más periodístico, también.

La presencia del novelista vasco se hace patente hasta en la solapa de la novela, donde el autor hace algunas declaraciones previas.

«La arquitectura de mi novela es compleja, a mí me costó mucho hacerla. Es claro que esta dificultad mía tanto pudo estribar en su complejidad como en mi torpeza... La novela no sé si es realista o idealista, o naturalista o costumbrista, o lo que sea. Tampoco

me preocupa demasiado. Que cada cual le ponga la etiqueta que quiera; *uno ya está hecho a todo*».

Hay denuncia, indignación y amargura en Baroja. Cela no ha tenido la suerte de su maestro y se contenta con un humorismo de estraperlista. El humorismo del que sabe que nadie a su alrededor tiene la conciencia tranquila.

Don Pío y todos los escritores del 98 gozaron de una libertad espiritual casi sin límites. En Cela se nota al escritor calculando cada página. Es, sin embargo, todo lo valiente que puede o lo dejan ser.

El Madrid de Cela es el Madrid de la complicidad en el abandono. El autor no protesta ni denuncia, sólo nos muestra, con cierto regocijo humorístico y sádico a una humanidad doliente y sin esperanzas.

La ciudad se ha tornado enemiga y cómplice:

«La mañana sube, poco a poco, trepando como un gusano por los corazones de los hombres y de las mujeres de la ciudad; golpeando, casi con mimo, sobre los mirares recién despiertos, esos mirares que jamás descubren horizontes nuevos, paisajes nuevos, nuevas decoraciones.

«La mañana, esa mañana eternamente repetida juega un poco, sin embargo, a cambiar la faz de la ciudad, *ese sepulcro, esa cucaña, esa colmena...* ¡Qué Dios nos coja confesados!» (pág. 23.).

La novela se resuelve en presentación breve de personajes hambreados o eróticos y en notables estampas ciudadanas. El poeta de miniaturas que es Cela nos canta los solares abandonados de la Vieja Plaza de Toros, los bancos callejeros, el paseo por el Metropolitano.

«Los bancos callejeros son como una antología de todos los sinsabores y de casi todas las dichas:

el viejo que descansa su asma, el cura que lee su breviario, el mendigo que se despioja, el albañil que almuerza mano a mano con su mujer, el tísico que se fatiga, el loco de enormes ojos soñadores, el músico callejero que apoya su cornetín sobre las rodillas, cada uno con su pequeñito o grande afán, van dejando sobre las tablas del banco ese aroma cansado de las carnes que no llegan a entender del todo el misterio de la circulación de la sangre. Y la muchacha que reposa las consecuencias de aquel hondo quejido, y la señora que lee un largo novelón de amor, y la ciega que espera a que pasen las horas, y la pequeña mecanógrafa que devora su bocadillo de butifarra y pan de tercera, y la cancerosa que aguanta su dolor, y la tonta de boca entre abierta y dulce babita colgando...» (págs. 172-173).

Como Baroja, Cela se muestra, en esta novela, muy poco partidario de redondear personajes. Los toma como se le presentan. Los averigua y los vuelve a coger, páginas más adelante, si viene al caso. Dos de ellos se quedan en la memoria, a pesar de todo. Doña Rosa, símbolo de la ordinariez y de la mala entraña y un poeta inútil y aporreado, Martín Marco.

Martín Marco, todo lo mínimo que se quiera, es el personaje que sirve a Cela para unir diferentes escenas y lugares. El poeta Martín Marco es un joven intelectual y sin enchufes que tiene, de vez en cuando, pequeños gestos de caballerosidad y rebeldía. ¡Pero la vida es tan dura! Martín fuma colillas que recoge en un sobre y vive con la ayuda de su cuñado y de algunos amigos. Martín Marco va aprovechando la calefacción por los bancos de crédito y los lupanares. Alguna vez se topa con la policía. No le pidamos grandes gestos.

«Martín sale por Lista y al llegar a la esquina de General Pardiñas le dan el alto, le cachean y le piden la documentación... Martín habla suplicante, acobardado, con precipitación. Martín está tembloroso como una vara verde.

—No llevo documentos, me los he dejado en casa. Yo soy escritor, yo me llamo Martín Marco.

A Martín le da la tos. Después se ríe.

—¡Je, je! Ud. perdone, es que estoy algo acatarrado, eso es, algo acatarrado, ¡Je, je!—A Martín le extraña que la policía no lo reconozca.

—Colaboro en la prensa del Movimiento, pueden Uds. preguntar en la Vicesecretaría, ahí en Génova. Mi último artículo salió hace unos días en varios periódicos de provincias, en «Odiel», de Huelva, en «Proa», de León, en «Ofensiva», de Cuenca. Se llamaba «Razones de la permanencia espiritual de Isabel la Católica».

El policía chupa su cigarrillo.

—Ande, siga. Váyase a dormir, que hace frío.

... Martín aprieta el paso y no vuelve la cabeza, no se atreve. Lleva dentro del cuerpo un miedo espantoso que no se explica...» (págs. 175-178).

Es el terrible Madrid del estraperlo, el Madrid de las cartillas de racionamiento y de la venta de pan blanco a la salida del Metro. Es un Madrid demasiado duro para que Cela descubra los remansos cristianos de Pérez Galdós, ni siguiera el impulso aventurero de los héroes barojianos que pululan en «La Busca», «Mala Hierba» y «Aurora Roja».

El Madrid de Cela es una ciudad en tercer grado, reflejada en una serie de pequeños espejos brillantes e inmutables, expuesta sin miramientos, con una sonrisa acongojada que a ratos parece cruel.